

*Durante algún tiempo me pregunté —a pesar de que la respuesta era simple y estaba tan a mano— por qué tardé tanto en reconocer a Floyt. Fue, en cierto modo, como observar una ciudad levantándose sobre las ruinas de otra que ya no está pero que irradia su espíritu —o como quiera que se llame esa mezcla de rispidez, dulzura e ironía que no podía ser otra cosa que Floyt— y que subsiste más allá de la muerte. Porque Floyt estaba muerto. Eso lo sabíamos todos aunque nadie pudo decir cómo ni cuándo lo mataron; sólo había un año: 1977.*

*Yo había bajado al puerto de Olivos pedaleando desde Libertador por la calle de la Prefectura, había doblado a la izquierda avanzando contra el viento por el asfalto ancho, poceado, bordeando el agua, consciente a medias de los veleros inquietos y de los edificios abandonados frente al río, a medio hacer, húmedos y grises, con ropa colgada pero sin gente a la vista. Al final de la calle había doblado en dirección opuesta al río y fue entonces cuando lo vi por primera vez. Llevaba una polea negra, un jean y anteojos de sol.*

*Era un día nublado, ventoso y él estaba apoyado en la barandilla de metal, delgado, el pelo corto, ensortijado y negro aún, en la misma posición en que habría de encontrarlo otras veces esa semana, siempre de pie, de cara al río. No lo reconocí, repito, pero me llamó la atención su manera entregada de observar el agua; sin verla, dejando ondular el pensamiento hacia*

adentro y hacia afuera como una marea. Yo, que solía adoptar un aire ausente, me di cuenta de que en ese hombre la ausencia era verdadera; y ese no estar estando le andaba alrededor como un perro, lo acompañaba en el modo de mirar las cosas, como si las penetrara.

Observarlo no era fácil; la impudicia se desprendía de él como ese olor que desprenden los mendigos y que no se sabe si es suciedad o el insoportable vaho del alma que llevan a ras del cuerpo. Lo espiaba pero me resultaba vergonzoso; era como espiar a un hombre a solas en su cuarto. Sólo que el cuarto de Floyt estaba en todas partes.

Esa tarde, el agua, de un marrón chocolate, estaba un poco picada y golpeaba pesada contra el murallón. Yo escuchaba los golpes y miraba la masa líquida, oscura, y a Floyt, allí un cuerpo, una emanación vieja. Él no me vio y si advirtió mi presencia detrás, a unos pasos, la ignoró, como ignoraba en apariencia todo lo humano.

Estuve allí unos minutos, serían las siete y media porque de repente la noche saltó desde la quietud del agua, desde el ahogo del aire y me golpeó una especie de orden venida desde una profundidad olvidada: "Rita Rivera, aún podés renunciar y seguir adelante, como si nada pasara".

Ahora comprendo que ya sabía que Floyt era Floyt y que ese pensamiento emboscado simbolizaba lo que vendría.

Con esa sensación extraña agarré el manubrio, impulsé los pedales y encaré el regreso. Unos metros después me había olvidado de él, cautivada por el aire tibio y la luz decreciente, y avanzaba despacio, preguntándome si el pescado se habría descongelado y si Juan ya estaría en casa.